

El sentido de la existencia en "La Sangre y la Esperanza" de Nicomedes Guzmán

por

José Promis Ojeda

En el desarrollo de la novela chilena hay un momento que responde con plenitud a la función social que José A. Portuondo descubría en la narrativa hispanoamericana como su rasgo predominante. Para este investigador, la novela puede ser delimitada como un "documento denunciador, cartel de propaganda doctrinal, llamamiento de atención hacia los más graves y urgentes problemas sociales dirigidos a las masas lectoras como excitantes a la acción inmediata". Esta *función instrumentalista* corresponde plenamente al período de vigencia de la generación del neorrealismo, más conocida como *Generación del 38* —o del 40, como la llamó Ricardo Latcham. En efecto, autores como Nicomedes Guzmán, Reinaldo Lomboy, Daniel Belmar y otros, vuelven la mirada al agro o bien la detienen en el espacio urbano, con una finalidad mostrativa de nuevos sectores no por la novedad espacial inherente a ellos mismos, vale decir, por ser muestras de lo exótico dentro de lo cotidiano, sino llevados por una actitud comprometida ante la historia: sus narraciones persiguen despertar *el sentimiento de la acción inmediata*, propenden a la eliminación de ciertas formas de existencia retardatorias del progreso material y humano de la sociedad, adquiriendo, por tanto, la mostración espacial rasgos dife-

JOSE PROMIS OJEDA: EL SENTIDO DE LA EXISTENCIA EN "LA SANGRE Y...

rentes a la realizada por los autores mundonovistas quienes, si bien es cierto, apuntan ya a ciertas inquietudes sociales, las estratifican, en la mayoría de los casos, en torno a un eje *civilización-barbarie*. Por el contrario, los neorrealistas rastrearán el verdadero sentido de la existencia en los elementos integradores de una sociedad escindida en opresores y oprimidos. Esta función investigadora —y a la vez denunciativa— se descubre bajo el motivo de la rebelión del pueblo en *Ranquil*, de Lomboy; en la conjunción del hombre y su tierra, de *Coirón* (Belmar) o, por último, en la observación de las actitudes individuales de los miembros del sector oprimido de la sociedad, como sucede en las dos primeras novelas de Guzmán.

Los Hombres Oscuros (1939) presenta la vida de los habitantes de un conventillo santiaguino. En torno a los protagonistas Pablo e Inés se ilumina un mundo cuya existencia discurre por los cauces trágicos de la miseria. Pese a que la ligazón estructural de los acontecimientos y la función de determinadas figuras es muy semejante a las de *La sangre y la esperanza*, no podemos calificar de progresista la actitud con que el narrador se enfrenta al objeto de su interés. Hay un fondo de dolor muy grande que configura una visión estática del mundo, aunque se encuentre presente una minoría humana que alienta la fe en el triunfo revolucionario como único remedio de las condiciones sociales imperantes. En otras palabras, la ternura del narrador por los desheredados de la sociedad hace de él un doliente contemplativo antes que un atalaya de la posible superación futura. Algo parecido a lo que sucede en la tercera novela de Guzmán, *La luz viene del mar*. Aquí, el esfuerzo por conferir categorías líricas a la narración atenúa su aliento revolucionario, convirtiéndola en un mosaico de situaciones sentimentalistas. El momento en que mostración espacial e intención progresista del narrador se identifican hay que buscarlo en la obra más lograda de Guzmán, *La sangre y la esperanza*, del año 1943.

En el mundo de *La sangre y la esperanza* se percibe con facilidad la lucha violenta instaurada entre dos espacios en pugna: uno, el medio opresivo, hostil, destructor de la dignidad social del hombre; otro, la zona familiar, el espacio reducido en que los valores humanos se esfuerzan por sobreponerse a las categorías desintegradoras del ambiente. En cierta forma, son las tensiones enemigas que actúan en obras tales como *La Vorágine* o *Doña Bárbara*, pero cuyo valor ha adquirido aquí un contenido claramente social. El hombre se desenvuelve en un medio deformado por las condiciones económicas imperantes; en consecuencia, sus modos de vida se amoldarán a las categorías del mundo en que vive, entendidas como manifestaciones inauténticas de los valores humanos superiores. Mientras no abandona los límites del reducto familiar, el medio nada puede contra él, pero tarde o temprano, movido por las fuerzas imperativas de la existencia, deberá aventurarse más allá del espacio protector, sufriendo, por consiguiente, la influencia de las tentaciones e incitaciones que se ofrecen ante sus ojos. En este sentido, la familia Quilodrán —protagonista de la obra— se erige como posibilidad de salvación frente al poder destructivo del medio. Las figuras se desplazan hacia ella buscando en su seno la protección ante los peligros del exterior: Cristina y Eufemia recurren a Laura después de cada reyerta con sus maridos; Angélica recibe el amparo de los Quilodrán tras la muerte de su hermano Zorobabel, pero la fuerza del medio —materializada en la madre— la recobra para destruirla posteriormente; el sindicato de obreros se reúne en la pieza de los esposos Quilodrán para trazar los planes de liberación social e, incluso, el poder de la abuela inválida ejerce su influencia protectora sobre los niños del barrio.

Esta "condición salvadora" que ofrecen los protagonistas a los otros elementos del ambiente se debe a que sus relaciones familiares no han sido aún deformadas por la influencia de los modos

inauténticos de vida imperantes en el submundo de la miseria. Por esta razón sufren constantemente los ataques sorpresivos y violentos del medio, en su desesperado intento para reducir el "último bastión". La primera enfermedad del padre, por una parte, y la muerte de la hija menor, por otra, son sólo dos manifestaciones de sus métodos aniquiladores, ya que el sufrimiento del ser humano es el primer paso en el camino de su definitiva destrucción y consiguiente pérdida como valor integrante de la sociedad. No obstante, es en lo que a primera vista constituye un triunfo del ambiente donde se encuentra el germen de su verdadera derrota. El sufrimiento da la pauta de la esperanza en cuanto se asienta en el corazón de una voluntad humana auténtica, a la cual los manotazos alevosos del destino no consiguen doblegar. Para estos espíritus combativos, el dolor se transforma en un instrumento de purificación social:

Sólo una esperanza parecía alumbrar la bruma de mi corazón, y esta esperanza estaba allí, de pie, en el sufrimiento de mi padre, sufrimiento sin palabras, sin lágrimas, sufrimiento heroico de varón, que circuía sus ojos de violáceas profundidades y le fruncía la frente en arrugas de cien años.

La imposibilidad del medio para destruir las personalidades que logran superar la presencia de sus incitaciones deformantes, le hace revolve sobre sus pasos arrojándose violentamente contra aquéllos que por primera vez abandonan el espacio protector. En este segundo caso el triunfo se presenta más fácil y halagüeño porque el ser humano es, cuando niño, un pequeño cachorro de animal que se desenvuelve movido por la fuerza de sus instintos y egoísmos:

Cuando uno puebla esa región azul y rosa de la niñez, en que las amarguras casi no cuentan, pese a que ya están como ratas hambrientas royéndonos obstinadamente el corazón, no se es más que un simple ca-

chorro, un cachorrillo de hombre, o de perro, o de león acaso. Nunca vivimos más en función de animales que entonces, y es quién sabe sólo en el llanto o en la risa que nos definimos como niños.

Por esta identificación entre las fuerzas que rigen la primera edad del hombre y las normas de conducta usuales en el seno de los ambientes miserables, el medio logra una fácil victoria desplegando ante los ojos infantiles la variada gama de sus tentaciones destructivas. El adolescente ingresa así al mundo de sus mayores con una perspectiva desengañada y falsa de la existencia, como lo demuestra la filosofía pesimista que encierran las palabras desgarradoramente trágicas del Turnio Llanos.

Quizás la categoría fundamental que define la inautenticidad del medio en *La sangre y la esperanza* es el imperio de las pasiones humanas primitivas sobre los valores superiores del espíritu. Así sucede, por ejemplo, con el amor. La experiencia del otro, para la cual el amor constituye un camino de aproximación, aparece aquí transformada en unión de instintos egoístas, primarios, en una grotesca caricatura del verdadero vínculo humano. Rufino castiga brutalmente a su mujer y ésta le arranca a mordiscos un pedazo del pabellón auditivo. Sin embargo, su reyerta termina en un apasionado arranque de erotismo. Un vagabundo viola a la hija de su compañero; ésta muere a consecuencias del ultraje y su padre mata al hechor. La hija de Pan Candeal da a luz a una criatura de padre desconocido; su muerte es el pago de la vida que nace. Antonieta es violentamente ultrajada por el padre de su amante. Un beodo veja a la pequeña Angélica, quien debe ser hospitalizada moribunda. Una pequeña mendiga ofrece su cuerpo a cambio de un pedazo de pan... Estas son algunas de las innumerables manifestaciones de la deformación de los valores humanos producida en los seres destruidos por el ambiente. En el fondo, todos ellos, desde el profesor Carmona con sus trajes raídos y brillosos, hasta la figura abyecta de Pan Candeal, viven margina-

dos de las condiciones normales de existencia, perdidas sus esperanzas, ciego para ellos el futuro. Sus actos, brutales incluso, revelan un esfuerzo desesperado por eliminar los muros de su aislamiento social. No obstante, sus situaciones de *separatidad cósmica* no encuentran solución en el vínculo humano. La amistad es interés; el amor, instinto; la vida, muerte.

En sus esfuerzos por destruir al ser humano —en este caso, al niño, futuro elemento constitutivo de la sociedad— el medio se proyecta por instantes al interior del "espacio de salvación" y del propio individuo, amenazando romper el equilibrio y estabilidad humana que rigen en su seno. Por eso Enrique y Angélica sufren la observación inquisitiva de Laura, quien, prestando oídos a las voces "de afuera" malinterpreta un momento de las relaciones entre ambos niños; cuando, con una curiosidad natural de sus cortos años, el pequeño Quilodrán se siente atraído por la risa de una mujer, ésta resulta prostituta y las actitudes que descubre en ella producen el violento derrumbe de sus ilusiones infantiles. Desde este punto de vista, el medio personifica en Antonieta sus valores destructivos al despertar la muchacha anticipadamente los instintos del hombre en el corazón del niño. Después de una violenta escena erótica en el retrete del conventillo, el narrador recuerda sus sensaciones turbadoras: "...salí como un diminuto bruto, olisqueando en las sombras, lo mismo que un perro ciego. Me sentí tan pobre cosa, tan pisoteado escarabajo, que hubiera arrancado al límite del infinito a golpearme el desgraciado corazón contra el semblante de un lucero calcinado".

Junto a la preferencia que se da al elemento sexual como revelador de la inautenticidad del medio, aparecen otros factores que desempeñan idéntica función, como son, por ejemplo, las demostraciones de violencia como autoafirmación de la personalidad: los niños pelean para demostrar su hombría, el *Sebote* aconseja a Enrique que acuchille a un muchacho que lo golpeó, y sus com-

pañeros distorsionan groseramente el concepto de la virilidad. Asimismo, la vigencia de las falsas convenciones sociales se define por la importancia del "qué dirán": Guillermo, molesto por las relaciones de su hija con el poeta Abel Justiniano, le aconseja no despertar el comentario de los vecinos, en circunstancias que —sarcásticamente— la madre de Antonieta, ignorante de las experiencias sexuales de su hija, consigue su matrimonio con Armando, agradeciendo a Dios haber salvado la honra de la muchacha.

Este mundo deformado y a su vez deformador parece dibujar un ciclo trágico en torno a la familia Quilodrán. Como anotábamos antes, en un primer momento ven cerrada toda posibilidad de evasión, de huida hacia un nuevo horizonte de luz y esperanza. La primera hospitalización del padre y la imposibilidad del consejo obrero para prestar ayuda a su esposa e hijos sume a sus miembros en la más abrumadora miseria:

Se sucedieron días de peludas garras que se obstinaban en pulsar la garganta de nuestra vida. Días sin agua. Sin viento. Sin dolor de campanas. Sin gemidos de pinos. Pero, repito, días con pelos, con agudas uñas expertas en la extracción de la lágrima. Días altos de radiante sol sobre las calles. Pero doblegados de nubarrones en el querido mundo de nuestro cuarto.

Este primer triunfo del medio se acentúa con el robo de la ropa que sufre Laura y el posterior fallecimiento de Adrianita. Sin embargo, una vez recuperado Guillermo participará activamente en las manifestaciones obreras transformándose pronto en *leader* de un sindicato de trabajadores tranviarios. La familia se muda de barrio y el hijo menor ingresa al colegio. No obstante, es ahora, en este segundo período de la infancia, cuando el medio comienza verdaderamente su labor destructiva. Enrique será espectador de sus manifestaciones deformantes, a la vez que la familia Quilodrán será encerrada en un círculo vicioso de brutalidad primitiva, concretizado en la presencia de Rufino y Cristina, matri-

monio vecino a ellos, cuyas relaciones conyugales se rigen por los mismos principios de violencia que el anterior de Recaredo y Eufemia. Por otra parte, la aparición de la esposa de Abel Justiniano produce el primer conflicto familiar entre Elena y su padre y, un poco más tarde, éste será hospitalizado por segunda vez a causa de los golpes recibidos en una concentración obrera, la misma donde halla la muerte Justiniano.

La estructura circular que el narrador confiere al mundo narrativo parece impedir, a primera vista, la salvación del ser humano encerrado en su interior. A crear esta imagen contribuye también la ordenación de la secuencia cronológica de la novela: *presente-pasado-presente*. Sin embargo, las posibilidades de superación de las condiciones subhumanas de la miseria están abiertas en la obra. La auténtica solidaridad social constituye una de ellas. La huelga, en este sentido, es un elemento de violencia necesario para dicha superación. Al permanecer el hombre aislado de sus semejantes, sus formas de comportamiento se ven fatalmente destruidas por las condiciones inauténticas de vida. La miseria humana nace en el seno de la miseria económica, y ésta persistirá mientras no se tome conciencia de la necesidad de la unión social. Unidos en pro de una causa común los seres humanos se imponen al presente y superan las normas egoístas de la existencia individual. Cuando Enrique, por ejemplo, evoca la figura de su padre hablando en una concentración obrera, dice: "Había un formidable calor en sus palabras, que yo no comprendía. No sé por qué me imaginaba que sus brazos gesticulantes eran las ramas de un robusto árbol, cargadas de hermosos frutos". Aislado, Quilodrán es sólo un obrero tranviario expuesto a todos los peligros del medio y del destino. Ligado al grupo, constituye la fuerza imbatible del poder regenerador de la sociedad, como, incluso, él mismo reconoce.

Para lograr el triunfo es necesario despertar la fe en la conciencia obrera. Por eso el hombre debe adscribirse desde sus primeros

años a la nueva orientación social brotada —como se desprende de la actitud narrativa— de una cosmovisión marxista de la existencia. En este sentido, el desenlace de la obra: Enrique abandona los estudios para trabajar en una fábrica, no marca la desaparición de la última posibilidad de huida; por el contrario, abre la puerta a la verdadera esperanza nacida del correr caliente de la sangre. Es el hombre nuevo que recomienza la eterna lucha por la subsistencia, pero cuyas manos estarán prestas para empuñar el instrumento de labor o la bandera inflamada de la revolución. No pesimismo, como en *Los Hombres Oscuros*, sino confianza en el poder salvador del hombre por el hombre, nos entrega el sentido de la existencia en *La sangre y la esperanza*.

Antes de terminar es interesante anotar algunos de los rasgos más sobresalientes en la técnica narrativa de *La sangre y la esperanza*. Como dijimos antes, la novela posee una forma interior circular en cuanto se presenta un mundo cuyas categorías se van renovando en el tiempo. Dicha configuración especial se ve reforzada por la presencia de un *narrador evocativo* (Enrique Quilodrán¹ que estructura el tiempo en tres secuencias no cronológicas: la narración va de presente (*El coro de los perros*) a un momento algunos años anterior (*Las campanas y los pinos*) para retornar al instante abandonado al final de la primera secuencia (*Sucedan días rojos*). El momento en que se sitúa el narrador, a muchos años de distancia del tiempo en que suceden los acontecimientos, produce la actualización desordenada de diversos momentos de su infancia. Tal sucede, por ejemplo, con las figuras de Ña Paremé y

¹“...La vida nos zamarreó a todos. Cuál más. Cuál menos. Pero, si en la infancia salimos triunfantes, el juego de los años maduros se pudrió en la apatía y el desaliento. ¿Falta de fe? Yo meditaré algún día sobre esto. Mas para ello es necesario, primero, una ablución en el tibio recuerdo, en la clara añoranza y en la luminosa realidad de aquellos años, en los que, si cabían miserias, rudezas y dolores, casi no los sentíamos, porque ahí estaban los mayores para sufrir y luchar por nosotros”.

“Hoy no preciso de imaginación. Me basta evocar. Y he aquí cómo la vida se me entrega entera en la realidad pasada”.

el Padre Carmelo. En el episodio que ambos protagonizan, el desorden temporal es el producto de la actualización lógica en el recuerdo de los efectos antes que las causas. Por otra parte, la imprecisión de la memoria se manifiesta también en la imposibilidad del narrador para recordar exactamente algunas fechas:

Corría el año veinte. O el veintiuno. O el veintidós. Y era la vida. Y era su rudeza. Y eran sus alternativas...

Por estos días llegó a nuestra casa mi abuela. Era la madre de mi madre. Mi abuelo, su marido,...

Además de esta imprecisión del recuerdo, la distancia temporal entre acontecimiento y narración permite el empleo de ciertos recursos que refuerzan la imagen circular de la novela y que no habríanse podido usar si ambos tiempos hubiesen sido uno solo, como es el caso de la anticipación épica: “De por sí este hecho, sobre todo en la época de estricta economía por que atravesábamos, era inusitado. Pero, realmente, fue como la antesala del verdadero acontecimiento que el tiempo nos reservaba para más adelante”. Esta misma función la prestan también las relaciones asociativas que, asimismo, contribuyen a identificar los niveles real y deformado de la existencia, como sucede en el momento en que Laura revisa el vestido de Angélica, actitud que despierta en el narrador el recuerdo de su anterior experiencia con Leontina, contrastándose dos hechos totalmente diversos en su significación y contenido humanos, pero indiferenciables en el ambiente en que suceden:

La duda devoraba la paciencia de mi madre. Y la encolerizaba. Levantó el raído vestido de la chica. Los enterrados calzones estaban fijos a los botones del corpiño. Antes de que bajara la falda, alcancé a ver los bordados deshilachados. No comprendía la razón de tan curiosa actitud. Pero recordé, de súbito un pequeño detalle de mi pasado infante; un rostro de niña, una mano audaz y un nombre: Leontina.

Finalizando, bástenos recordar, como otra técnica notable en la narración, el tipo “enmarcado” que emplea el narrador para en-

frentarnos al fondo sentimental de las relaciones entre Elena y Abel Justiniano. Con ello se logra separar a los jóvenes del resto del mundo, encuadrándolos en un nivel especial de existencia ya que su amor, por ser auténtico, escapa a la deformación del medio ambiente donde florece.

